

Ingmar Bergman

LAS MEJORES INTENCIONES



Esta es la compleja historia de amor vivida por Henrik Bergman, joven estudiante de teología, y Ånna Akerblom, hija única de una familia acomodada de Upsala. Naturalmente ya los hemos reconocido: se trata de los padres de Ingmar Bergman. La historia de Henrik y Anna empieza en 1909, durante la gran huelga, y termina diez años después, cuando el joven estudiante ya se ha convertido en pastor, y su esposa –en un mundo lleno a la vez de luz y tinieblas– espera su segundo hijo. Este niño es el mismo que ahora intenta comprender al padre sombrío y represor y a la madre resignada y conciliadora en los primeros años de lo que pasaría a ser una relación familiar dolorosa y conflictiva. La prosa, liberada ya de su autobiografía, fue adquiriendo tal entidad propia, tal vigor narrativo, que Bergman terminó por convertirla, como observa un célebre crítico de su país, en una historia de amor innovadora que se incorpora con todos los honores en la historia de la literatura sueca.

PREFACIO

Los Akerblom eran una familia muy amiga de fotografiarse. A la muerte de mis padres heredé un buen número de álbumes; los primeros de mediados del siglo XIX, los últimos de principios de los años sesenta. Hay sin duda una enorme magia en esas imágenes, sobre todo si se examinan con ayuda de una lupa gigantesca: rostros, rostros, manos, posturas, ropas, joyas, rostros, animales domésticos, vistas, luces, rostros, cortinas, cuadros, alfombras, flores de verano, abedules, ríos, peinados, granos malignos, pechos que despuntan, majestuosos bigotes, esto puede continuar *ad infinitum*, así que será mejor parar. Pero sobre todo los rostros. Me meto en las imágenes y toco a las personas, a las que recuerdo y a aquellas de las que no sé nada. Esto es casi más divertido que los viejos filmes mudos que han perdido sus textos explicativos. Yo me invento mis propias pautas.

Ya desde la autobiográfica *Linterna mágica* me ha venido rondando la idea de hacer una película sobre los años jóvenes de mis padres, sobre los comienzos de su matrimonio, sus esperanzas, sus fracasos y sus buenas intenciones. Miro las fotografías y siento una fuerte atracción hacia esas dos personas que en casi todos los aspectos son tan diferentes de los seres medio esquivos y de míticas dimensiones que dominaron mi niñez y mi juventud.

Puesto que el cine y la imagen son mi forma especial de expresarme, empecé a dibujar de modo bastante vago un modelo de acción basado en testimonios, documentos

y, como ya he dicho, fotografías. En mi representación anduve por las calles de Upsala cuando Upsala era una pequeña ciudad universitaria, apartada y medio dormida. Estuve en Dufnäs, en Dalecarlia, cuando Vároms, la finca de veraneo de mis abuelos maternos, era todavía un paraíso especial e ilusorio alejado de las carreteras.

Escribí como estoy acostumbrado a hacerlo desde hace cincuenta años: de forma dramática, cinematográfica. En mi representación los actores pronunciaban sus réplicas en un escenario intensamente iluminado, rodeados de unos decorados algo difuminados pero maravillosamente claros. En el centro de esta notable puesta en escena se movían mi madre y mi padre personificados por Pernilla Östergren y Samuel Fröler.

No pretendo afirmar que siempre he sido respetuoso con la verdad en mi narración. He exagerado, añadido, quitado y cambiado el orden, pero, como suele ocurrir en este tipo de juegos, el juego ha resultado seguramente más claro que la realidad.

Como, sin el menor asomo de amargura, sabía que no iba a dirigir mi saga, fui más minucioso que de ordinario en mis descripciones, hasta en las de detalles bastante insignificantes, incluso en cosas que nunca podría registrar una cámara. Salvo, tal vez, como sugerencias a los actores.

De esta manera se fue desarrollando la historia durante un verano en Fårö. Fui tocando con cuidado los rostros y los destinos de mis padres y me parece que aprendí mucho de mí mismo. Mucho que ha estado escondido bajo capas de represiones polvorientas y formulaciones conciliadoras carentes de sentido.

Este libro no se ha adaptado ni en una sola coma a la película. Se ha mantenido como fue escrito: las palabras se yerguen incontestables y ojalá vivan su propia vida, como una representación propia en la mente del lector.

Ingmar Bergman Faro, 25 de agosto de 1991

PRIMERA PARTE

Elijo un día de invierno primaveral a principios de abril de 1909. Henrik Bergman acaba de cumplir veintitrés años y estudia teología en la Universidad de Upsala. En este momento va subiendo por la calle Östra Slottsgatan camino de Drottninggatan y el hotel Stad, donde va a encontrarse con su abuelo paterno. Aún queda nieve en la cuesta del castillo, pero el aguanieve corre por los arroyos y las nubes desfilan en procesión.

El hotel es un edificio alargado de dos plantas, agazapado bajo la catedral. Los grajos graznan volando alrededor de las torres y un pequeño tranvía azul va bajando la cuesta con cuidado. No se ve un alma. Es sábado por la mañana, los estudiantes están durmiendo y los profesores preparando sus conferencias.

Sentado en la recepción hay un hombre entrado en años de mirada distinguida leyendo el periódico *Uppsala Nya*. Hace esperar a Henry un conveniente número de instantes, dobla a continuación la página y dice con cortesía nasal que sí, que el abuelo del señor le espera en la habitación 17, por la escalera de la izquierda. Seguidamente se ajusta los quevedos y vuelve a la lectura. Se oyen ruidos y voces de mujer en la cocina. Un olor acre a cigarro apagado y a arenque frito se funde con el humo de una poderosa estufa de carbón que retumba en un rincón.

El impulso de Henrik es huir, pero las piernas le suben por la alfombrada y crujiente escalera de madera y le conducen a través del pasillo amarillento hasta la puerta 17.

Junto al umbral están las botas recién lustradas del abuelo. Henrik respira profundamente antes de llamar. Una voz sonora, bastante clara, dice: «Pasa, pasa, está abierto».

La habitación es grande, con tres ventanas que dan al patio empedrado, a las cuadras y a los todavía desnudos olmos. En la pared larga hay dos camas con las cabeceras de caoba. En la pared de enfrente campea el lavabo con la palangana, las jarras y unas toallas bordadas en rojo. El mobiliario se completa con un tresillo y una mesa redonda sobre la que hay una bandeja de desayuno. Sobre las tablas nudosas del suelo se extiende una gastada alfombra de incierta procedencia oriental. En el empapelado marrón y de suave dibujo de las paredes, cuelgan grabados de cobre con motivos de caza.

Fredrik Bergman se levanta trabajosamente del sillón y va al encuentro de su nieto. Es un hombre alto, más alto que el muchacho, fuerte y huesudo, de nariz grande, pelo gris y corto, patillas, pero sin barba ni bigote. Tras la montura de oro de las gafas miran los ojos azul oscuro con los cercos un poco enrojecidos. Extiende una mano fuerte con las uñas rotas, pero limpias. Ambos hombres se saludan sin sonreír. El viejo le señala a su nieto una silla de gastada funda y patas torneadas.

Fredrik Bergman permanece de pie contemplando a Henrik con curiosidad, pero sin complacencia. Henrik mira a través de la ventana. Un carro arrastrado por dos caballos rueda con estrépito sobre los adoquines del patio. Cuando se calla el ruido, toma el abuelo la palabra. Habla de modo metódico y claro, como quien está acostumbrado a hacerse entender y obedecer.

Fredrik Bergman: Como ya sabrás, tu abuela está enferma. La operó hace unos días el doctor Oldenburg en el Hospital Clínico. Dice que no hay ninguna esperanza.

Fredrik Bergman calla y se sienta. Sigue con la punta del bastón los dibujos de la alfombra, ello parece interesarle. Henrik endurece su corazón y se muestra indiferente. Su hermoso rostro está tranquilo, los ojos grandes de un azul suave, la boca fuertemente apretada bajo el cuidado bigote: yo no diré ni una palabra, yo a escuchar, ese hombre que está ahí no tiene nada importante que decirme. El abuelo carraspea, la voz es firme, el habla lenta y clara con una sombra de acento.

Fredrik Bergman: Tu abuela y yo hemos hablado bastante de ti estos últimos días.

Alguien ríe en el pasillo andando a paso rápido. Un reloj da los tres cuartos.

Fredrik Bergman: Tu abuela dice, y lo ha dicho hace muchos años, que cometimos una injusticia con tu madre y contigo. Yo sostengo que cada uno tiene que asumir la responsabilidad de su vida y de sus propios actos. Tu padre rompió con nosotros y se trasladó a otro sitio con su familia. Fue su decisión y su responsabilidad. Tu abuela dice, y lo ha dicho siempre, que debíamos habernos ocupado de ti y de tu madre cuando murió tu padre. Mi opinión era que él había hecho su elección, tanto para sí mismo como para su familia. La muerte, a ese respecto, no cambia nada. Tu abuela siempre ha dicho que hemos sido despiadados, que no nos hemos comportado como buenos cristianos. Ese es un razonamiento que yo no entiendo.

Henrik (de súbito): Si usted me ha llamado para explicarme su postura respecto a mi madre y a mí, le diré que la sé y la he sabido siempre. Cada cual responde de sí mismo. Y de sus

actos. En eso estamos de acuerdo. ¿Puedo irme ahora? Es que tengo que preparar un examen. Siento que mi abuela esté enferma. Quizás usted sea tan amable de saludarla de mi parte.

Henrik se levanta y mira a su abuelo con un desprecio tranquilo y sincero. Fredrik Bergman hace un gesto de impaciencia que se propaga a través de todo su corpachón.

Fredrik Bergman: Siéntate y no me interrumpas. No voy a extenderme mucho. ¡Que te sientes, digo! Tal vez no tengas ningún motivo para quererme, pero eso no significa que tengas que ser maleducado.

Henrik (se sienta): ¿Y bien?...

Fredrik Bergman: Tu abuela me ha dicho que hable contigo. Dice que es su último deseo. Dice que vayas a verla al hospital. Dice que quiere pedirte perdón por todo el daño que yo y ella y nuestra familia os hemos hecho a ti y a tu madre.

Henrik: Cuando yo era un recién nacido y mi madre viuda, hicimos el largo camino desde Raimar hasta su finca en busca de ayuda. Nos asignaron dos cuartuchos en la ciudad de Söderhamn y una pensión de treinta coronas al mes.

Fredrik Bergman: Fue mi hermano Hindrich quien se ocupó de las cosas prácticas. Yo no tuve nada que ver con el arreglo económico. Tu abuela y yo vivíamos en Estocolmo durante el año legislativo.

Henrik: Esta conversación no tiene el más mínimo sentido. Además es penoso tener que ver cómo un señor mayor, al que siempre he

respetado por su falta de humanidad, pierde la cabeza de repente y se pone sentimental.

Fredrik Bergman se levanta y se coloca frente a su nieto. Se quita las gafas de oro con un gesto iracundo.

Fredrik Bergman: No puedo volver al lado de tu abuela diciéndole que te niegas. No puedo volver junto a ella diciéndole que no quieres ir a verla.

Henrik: Pues a mí me parece que no hay otra salida.

Fredrik Bergman: Voy a proponerte una cosa. Yo sé que tus tías, las de Elfvik, os han concedido un préstamo para que puedas arreglártelas aquí en Upsala. También sé que tu madre se gana la vida dando clases de piano. Te ofrezco la cancelación del préstamo y una pensión adecuada para tu madre y para ti.

Henrik no contesta. Contempla la frente del anciano, sus mejillas, la barbilla en la que hay una pequeña herida producida al afeitarse por la mañana. Observa la gran oreja, la garganta con el pulso latiendo por encima del cuello almidonado.

Henrik: ¿Qué quiere usted que le conteste?

Fredrik Bergman: Te pareces mucho a tu padre, ¿sabes Henrik?

Henrik: Eso dicen, sí. Mi madre lo dice.

Fredrik Bergman: Yo nunca pude entender por qué me odiaba tanto.

Henrik: Ya me he dado cuenta de que usted nunca lo entendió.

Fredrik Bergman: Yo fui campesino y mi hermano sacerdote. Nadie nos preguntó nunca lo

que queríamos o lo que no queríamos. ¿Por qué ha de tener tanta importancia?

Henrik: ¿Importancia?

Fredrik Bergman: Yo nunca he sentido ni odio ni amargura hacia mis padres. O tal vez lo haya olvidado.

Henrik: ¡Qué práctico!

Fredrik Bergman: ¿Qué dices? ¡Ah!, práctico. Sí, ¿por qué no? Tu padre tenía unas ideas muy vivas sobre la libertad. Siempre estaba diciendo que tenía que «tener su libertad». Y así se convirtió en un boticario arruinado en Oland. A eso se redujo su libertad.

Henrik: Está usted burlándose de él. (*Silencio*).

Fredrik Bergman: Bueno, ¿qué dices de mi oferta? Yo costeo tus estudios, le paso una pensión mensual y vitalicia a tu madre y os cancelo el préstamo. Lo único que tienes que hacer es ir al Hospital Clínico, a la sección doce, y reconciliarte con tu abuela.

Henrik: ¿Cómo puedo fiarme de que no me engaña?

Fredrik Bergman se ríe brevemente. No es una risa amable, pero hay aprecio en ella.

Fredrik Bergman: Mi palabra de honor, Henrik. (*Pausa*). Te lo daré por escrito. (*Alegremente*). Hagamos un contrato. Tú decides las cantidades y yo firmo. ¿Qué te parece, Henrik? (*Súbitamente*). Tu abuela y yo hemos vivido juntos casi cuarenta años. Y ahora duele, Henrik. Duele mucho. Los dolores físicos son enormes, pero pueden calmárselos en el hospital, al menos por ahora. Lo difícil es que sufre espiritualmente.

te. Y lo que yo te pido es un minuto de compasión. No para mí, no. Para ella. Vas a ser sacerdote, ¿no Henrik? Algo sabrás del amor, del amor cristiano. Para mí eso no es más que palabrería y subterfugios, pero para ti eso del amor tiene que ser real. Apíadate de un ser humano, enfermo y atormentado. Te daré lo que quieras. Tú decides cuánto. No regateo. Pero tienes que ayudar a tu abuela en su sufrimiento. *(Pausa)*. ¿Oyes lo que digo?

Henrik: Vaya junto a la mujer que llaman mi abuela y díglele que vivió toda su vida al lado de su esposo sin ayudarnos a mi madre ni a mí. Sin enfrentarse a usted. Sabía de nuestra indigencia y nos mandaba pequeños regalos para las fiestas de Navidad y los cumpleaños. Díglele a esa mujer que ha elegido su vida y su muerte. Mi perdón no lo tendrá nunca. Díglele que la desprecio a causa de mi madre y de mí mismo de la misma manera que le aborrezco a usted y a la gente de su calaña. Yo nunca seré como usted.

Fredrik Bergman agarra con fuerza el brazo del muchacho y lo sacude despacio. Henrik le mira.

Henrik: ¿Piensa pegarme, abuelo?

Se libera y sale lentamente de la habitación, cierra la puerta con cuidado y se aleja por el oscuro pasillo. Unas lámparas de gas parpadean en la tenue luz diurna desde tres ventanas sucias allá arriba, bajo el tejado.

La primera semana de mayo Henrik se va a examinar de Historia de la Iglesia con el temible profesor Sundelius.

Son las cinco y media de la mañana de un lunes. El sol luce con fuerza tras la raída persiana en el sencillo alojamiento del joven, donde cabe una cama desvencijada,

una mesa raquílica, desbordada de libros y compendios, una silla de escritorio, una librería, llena hasta los topes, que ha visto tiempos mejores pero no mejores libros, un lavabo con la palangana desconchada, la jarra a juego, cubo y orinal, y una butaca con tres patas apoyada en cuatro volúmenes de la ilegible *Exégesis* de Malmström. Dos lámparas de queroseno (¡sorprendente lujo!), una en el techo, bajo y lleno de manchas de humedad formando continentes, la otra en el escritorio velando dos fotografías: la madre cuando todavía era joven y atractiva, y la novia, blanca y hermosa, de mirada clara y amplia sonrisa. En el piso, irregular, unas cuantas alfombras de trapo de calidad irrompible. En los abollados papeles que cubren las paredes, reproducciones de motivos bíblicos. En el rincón junto a la puerta se eleva una estrecha estufa de azulejos floreados. Este habitáculo estudiantil respira pobreza, pureza luterana restregada con jabón verde y tabaco de pipa agrio. La vista al patio consiste en una pared medianera y siete retretes que se apoyan con zozobra unos en otros y en el muro. En los tilos casi abiertos alborotan los pájaros. El hombre de la leña ya ha empezado a aserrar en el sótano. En algún lugar grita un niño de pecho pidiendo teta. Son, pues, las cinco y media y Henrik se despierta con un hachazo en el estómago: el examen de Historia de la Iglesia. El temible profesor Sundelius Justus Bark entra sin llamar. Tiene la misma edad que Henrik pero es bajo y corpulento, de ojos oscuros, nariz grande, pelo negro. Habla con acento de la región de Hálsingeland y tiene los dientes mellados. Va pulcramente vestido con un traje oscuro, camisa blanca, cuello y puños postizos, corbata negra y zapatos desesperadamente brillantes pero gastados.

Justus: Ecclesia invisibilis, ecclesia militans, ecclesia pressa, ecclesia regnans y finalmente y sobre todo ecclesia triumphans. ¿Sabes qué es lo peor de todo con el viejo Sundelius? Me lo

contó Gyllen ayer por la tarde. Gyllen falló en lo ecuménico porque no sabía que la Iglesia católica romana había celebrado veinte concilios, pero que la Iglesia católica griega solo reconocía los siete primeros. ¿Qué concilios reconocían los griegos?

Henrik: Nicea año 325, Constantinopla 381, Efeso 431, Caledonia 451. Constantinopla otra vez años 553 y 680 y Nicea 787.

Justus: Bravo, bravo, señor bachiller. Gyllen no lo sabía y el temible Sundelius le suspendió. Primera pregunta, mala contestación, fuera. Ahora tenemos miedo, miedo de verdad, he tomado demasiado café o el brebaje que llaman café. ¿Tienes unas hojas de té que prestarme? Me arde el estómago como el infierno.

Henrik: En el armario, Justus. Nos vemos dentro de diez minutos. Abajo, al pie de la escalera. Y despiertos.

Justus: Gyllen es rico. Le suspende Sundelius a los tres minutos de examen, se encoge de hombros y se va de vacaciones después del baile de la primavera. Y se prepara la Historia de la Iglesia para Navidad. ¿Me harías el favor de...?

Henrik: No, gracias. *Amicus.*

Justus: ¿Qué es ese cardenal que tienes en el pecho? *Henrik:* Es Frida. Muerde. *Justus:* Nos vemos dentro de diez minutos.

Henrik: *Pax tecum.*

Cuando Justus abandona la habitación Henrik se queda desnudo unos instantes en la intensa luz solar, trata de respirar despacio y dice en voz muy baja: «¿Me ayudarás, Señor? Como salga mal hoy, será una catástrofe. Ya se podía

poner enfermo el viejo Sundelius y mandar al bueno del auxiliar, no sería la primera vez».

Pero justamente esa mañana el temible profesor Sundelius no está en absoluto enfermo, más bien al contrario. A las ocho menos diez hay tres examinandos esperando sentados en el espacioso vestíbulo. Porque el profesor se ha casado con una mujer rica y vive en un suntuoso piso de doce habitaciones en la plaza Vaksala. La puerta del comedor está abierta, dos sirvientas uniformadas de azul y blanco quitan la mesa del desayuno. La esposa del profesor, majestuosa pero algo coja, se deja ver durante unos segundos. Echa una mirada rápida e impertinente a los pálidos examinandos que se levantan y se inclinan respetuosamente con lisonjera sonrisa –como si fuera a servirles de algo. El reloj de la sala da las ocho con sordas campanadas: «No escuches el reloj de tu sepulcro que te llama a comparecer ante Dios o ante Satán», piensa Henrik citando a Macbeth, acto segundo, primera escena. El secretario del profesor (porque tiene secretario, es muy rico, se dice que será ministro en la próxima remodelación del gobierno), el secretario, pues, es una persona bastante desahogada, sufre de soriasis, tiene los ojos acuosos y disfruta en secreto del terror que propaga cuando, con humilde entonación, llama a los tres jóvenes al despacho del profesor.

El profesor Sundelius es un hombre gallardo de unos cincuenta años, con un rostro franco, cutis sonrosado, abundante pelo entrecano y barba. Viste un bien cortado batín que pone de relieve lo proporcionado de su figura. Anda a paso rápido sobre la alfombra oriental, extiende sonriendo una mano musculosa y saluda cordialmente a los delincuentes.

El despacho es grande pero bastante oscuro. Pesados cortinajes dejan fuera el luminoso día de primavera. Aquí dentro imperan los olores y el silencio de los libros. Un escritorio enorme como un castillo. Muebles de piel. Tres sillas barnizadas de oscuro con asiento de mimbre y respal-

do recto, preparadas, lámparas brillantes, oscuros cuadros de marcos dorados y un tenue resplandor de cuerpos femeninos.

El catedrático se sienta ante el escritorio e invita a los jóvenes a hacer lo propio en las tres sillas. Escoge un habano (el primer habano después del desayuno) en una caja de plata, le corta cuidadosamente la punta y lo enciende.

Profesor Sundelius: No hay nada comparable al puro del desayuno. En confianza les diré que este es un habano auténtico. Fíjense lo bien que prende. Fíjense lo bien que absorben el fuego los finos nervios de la hoja de tabaco y lo suavemente que se convierten en ceniza.

El catedrático y sus examinandos meditan unos segundos acerca de la belleza de fumar puros, seguidamente Sundelius se inclina y extiende en silencio su manaza. Los estudiantes entienden al momento que deben entregarle sus boletines de notas. El profesor los coloca en fila sobre la carpeta.

Profesor Sundelius: ¿Quién de ustedes quiere empezar? ¿Quién quiere parar el primer golpe? Como ustedes seguramente saben, tengo fama de exigente. No es mala voluntad sino una actitud bien pensada que, con los años, me ha proporcionado muchos epítetos poco halagüeños. Bueno, sea por lo que sea, la cuestión es que hay demasiados teólogos vagos, torpes y mal formados. Yo quiero contribuir a mejorar la fama y la situación de ustedes manteniendo unas exigencias razonables. Con frecuencia se dice: un sacerdote es un pastor de almas, ¿de qué le sirve a sus feligreses que sepa algo de